

ATENTOS A LOS MENSAJES DE LA VIDA

La Naturaleza

adaptado de las obras del Rebe de Lubavitch
Rabí Menajem M. Schneerson

La festividad de Tu biShvat, el año nuevo para los árboles, conmemora el renacimiento -cada primavera- del reino vegetal. En un plano más profundo esto se corresponde con el potencial humano de crecimiento periódico y autorenovación, el avance continuo en su búsqueda por la iluminación espiritual. De todo lo que el hombre observa puede cosechar información que sirve para ampliar su sabiduría. Esto incluye acontecimientos tan comunes como el florecimiento de los árboles.

Los árboles, al igual que la mayoría de las especies del reino vegetal, consisten de tres partes distintas: las raíces, el cuerpo (tronco, ramas y hojas, y el fruto (que incluye, además, la cáscara y las semillas). Hay ciertas observaciones que pueden hacerse al analizar las diferencias entre estas partes.

Las raíces, aunque totalmente ocultas, son las que absorben la fuerza vital primaria del árbol. Es sólo a través de sus raíces que el árbol logra la estabilidad física; si sus raíces son fuertes, el árbol no se desarraiga, pese a todos los vientos que soplen en su contra.

El cuerpo del árbol es el tronco, el que le brida su mayor fuente de equilibrio. Con el paso del tiempo, el tronco, las ramas y las hojas se tornan más espesos, agregándole cuerpo. Por lo tanto, la edad del árbol puede determinarse según la cantidad de anillos en el tronco.

No obstante, la verdadera perfección del árbol, y su senda hacia la inmortalidad, resulta de la producción de los frutos. Dentro de cada semilla se encuentra la germinación potencial de un nuevo árbol, generación tras generación.

La Torá dice: 'el hombre es como un árbol del campo'. En realidad, muchos aspectos de la vida espiritual del hombre pueden compararse con las cualidades visibles en el árbol.

Las raíces representan la fe, por la cual el hombre se conecta con la fuente de la vida, el Creador. Mientras crece en su conocimiento de la Torá y el cumplimiento de sus preceptos, obtiene su vitalidad de una fe básica en Di-s.

El tronco y cuerpo del árbol se corresponden con el estudio de la Torá y el cumplimiento de las mitzvot, actividades que deben constituir la mayoría de los empeños del hombre. A través de la abundancia de mitzvot que realiza, y sus logros en el estudio de la Torá, se puede discernir la edad del hombre, representando una vida plena de sabiduría y logros.

Los frutos del hombre son sus logros y el grado de perfección que obtiene por su intermedio. Además de satisfacer todas las responsabilidades que tiene, uno es capaz de influir sobre sus amigos y su medio ambiente, a fin de que también ellos aspiren a la perfección. Esencialmente, su rol es el de actuar como una semilla que provoca el desarrollo de otros árboles, para que también ellos adquieran raíces (fe), tronco y ramas (el estudio de la Torá y el cumplimiento de mitzvot), y que ellos, a su vez, produzcan frutos (ayudar a los demás a mejorar su calidad de vida).

En resumen: las raíces del hombre y su fuente principal de sustento es la fe simple. La debilidad en la fe hace peligrar la propia existencia espiritual, a pesar de la posición física y material que se tenga. Esto se debe a que la función principal de cada individuo -la columna vertebral de su estructura- se halla en las buenas acciones que deberían incrementarse diariamente.

No obstante, el hombre logra su realización plena recién cuando 'da frutos', cuando es capaz de afectar positivamente a los demás e inspirarlos a actuar de manera que los lleve a concretar el propósito de su creación. De este modo, los esfuerzos propios producen un legado que lo sobrevive y crece de generación en generación.

EXTRAÍDO DE UNA CARTA DEL REBE.
IGROT KODESH DEL REBE, VOL. 1, PÁG. 249